

CAPITULO L.

1616.

Trabajos de los Jesuitas en Zacatecas.—Misiones confiadas á los mismos.— Miembros prominentes de dicho Instituto.—El P. Juan Agustín.—El P. Simón Tostado.—El P. Juan de Montemayor.—Rasgos biográficos de los distinguidos Jesuitas zacatecanos Francisco Ramirez y Antonio Núñez de Miranda.

Muy pronto lograron los PP. de la Compañía de Jesús establecer sólidamente su Instituto en esta ciudad, pues á poco tiempo de estar en ella contaban ya con un gran ascendiente entre los principales ó más acaudalados vecinos.

Con frecuencia ocupaban el púlpito para predicar contra los desórdenes que ocurrían en una población minera que como la de Zacatecas, ofrecía amplio campo á la relajación de las costumbres, á las riñas, al robo y á las discordias y envidias entre muchos de sus vecinos, los cuales acudían con frecuencia al consejo de los citados PP. para dirimir disputas que en otro terreno no habían podido arreglarse, pues se refiere que debido á sus elocuentes predicaciones y sabios consejos se consiguió que más de una vez terminaran pacífica y felizmente disturbios que pudieron acabar de una manera sangrienta y desastrosa.

En cierta ocasión ocupaba la sagrada cátedra un Jesuita zacatecano en esta misma ciudad, y un personaje de alta alcurnia que había escuchado al predicador se sintió tan arrepentido de sus culpas, que al terminar el sermón salió de la iglesia enteramente resuelto á dejar las vanidades del mundo para consagrarse del todo al servicio de Dios, tomando el hábito en uno de los conventos de la ciudad y ob-

servando durante su vida una conducta ejemplar. Este caso lo refiere el P. Alegre, pero no dice quién fué ese personaje.

Algún tiempo después de establecido el Colegio de Zacatecas, se confiaron algunas misiones á los PP. Jesuitas.

Entre los individuos que el Colegio de esta ciudad cuenta como más notables, figuran algunos que en verdad merecen una mención especial.

El P. Juan Agustín, originario de Zacatecas, hombre instruido, infatigable y abnegado fué á misionar entre los indios *zacatecos* del Parral y Cerro Gordo y entre los temibles salvajes de Chihuahua y Nuevo México. Murió en aquellas apartadas y peligrosas comarcas entregado al ejercicio de su ministerio y cuando solo contaba unos treinta años de edad.

El P. Simón Tostado, también de Zacatecas, entró muy jóven al Colegio de los Jesuitas, fué siempre muy devoto y observante de los estatutos de la Compañía y se grangeó el aprecio de muchas personas por su arreglada conducta y cristianas virtudes. Pasó á México y murió allí ya muy avanzado de edad el 19 de Noviembre de 1648 y su cuerpo fué sepultado en el Colegio Máximo.

El P. Juan de Montemayor, también dejó gratos recuerdos en esta ciudad por su conducta piadosa y arreglada. Falleció dicho Padre en esta misma ciudad el 25 de Marzo de 1685.

Pero los Jesuitas que más se han distinguido ó que han dejado una memoria más brillante en los anales de Zacatecas, son los PP. Francisco Ramirez y Antonio Núñez de Miranda.

Habían transcurrido apenas unos nueve ó diez años después de la conquista de nuestro Estado por los españoles, cuando del seno de la familia de uno de los primeros pobladores de esta ciudad, salió un vástago llamado á figurar en distinguida escala entre los hijos de Zacatecas.

Ignoro quiénes fueron sus padres, pero sí he podido averiguar que se llamó Francisco Ramirez y que nació en esta ciudad en 1557 ó 1558.

Desde muy jóven se manifestó afecto al estudio de las letras, inclinación bien rara en aquellos tiempos en que la ambición febril de las riquezas y el deseo de adquirir re-

nombre por el lado de las conquistas, eran los únicos móviles que empujaban á los primeros europeos radicados en esta ciudad y que los mantenían en constante agitación, ya desentrañando los ricos tesoros que encerraban nuestras pródigas montañas ó ya recorriendo lejanas y peligrosas comarcas en busca de mayores riquezas ó de más atractivos y lisonjeras expediciones.

En suma, mientras los españoles procuraban enriquecerse y subyugar á los indígenas que habían sobrevivido á la terrible catástrofe de la conquista, el jóven Ramirez dedicaba sus desvelos y aspiraciones á otra clase de trabajos, que más tarde le valieron señalados triunfos en el campo de la literatura y del sacerdocio.

También ignoro en qué fecha llegaría el citado Ramirez á iniciarse ó á inscribirse en el número de los miembros de la Compañía de Jesús, á la cual perteneció la mayor parte de su vida.

Los primeros enviados de ese Instituto que llegaron á Zacatecas en 1574, fueron los PP Concha y Juan Sanchez, pero como entónces solo pasaron algunos días en esta ciudad, sin establecerse definitivamente en ella, no es de creerse que en ese tiempo se hubiera ordenado el P. Francisco Ramirez, pues solo tenía entónces unos diez y seis ó diez y siete años. Por lo mismo, parece más probable que á fines del siglo XVI fué el tiempo en que pudo haber ingresado á la Compañía, porque ya el año de 1591 se encontraban en Zacatecas fundando un colegio de la misma los PP. Agustín Cano y Juan de la Cajina, según refiere el Jesuita Alegre en su *Historia de la Compañía de Jesús*.

Como quiera que sea, el P. Ramirez cuya piedad, dedicación y talento le habían grangeado la honra y la distinción de ser alistado en la milicia de San Ignacio de Loyola, pasó como cuarenta años leyendo gramática y consagrándose con empeñosa asiduidad á la enseñanza de la niñez, en cuyo noble ejercicio llegó á contar como discípulos suyos á muchos jóvenes que después figuraron por su ilustración en el clero secular y regular de este país.

La conducta siempre humilde y piadosa del P. Ramirez le valió la estimación y el respeto de todos sus discípulos y compañeros, quienes no solo veían en él al hombre inteligente, filántropo y devoto, sino también al oráculo que

les servía de consejero, como si sus palabras fueran inspiradas por el mismo Dios ¹

Refiérese que además de las ordinarias ocupaciones de su ministerio, poseía muy apreciables aptitudes en diversas obras de manos, y á menudo se le veía tan contento y satisfecho entregándose á la oración y al estudio, como desempeñando trabajos físicos verdaderamente humildes y rudos.

Había llegado casi á conquistarse el concepto de santo, cuando le sorprendió la muerte en México el 26 de Enero de 1630.

Pocos datos existen acerca de la biografía del P. Ramirez, quien supo honrar á su Instituto y á su ciudad natal, no solo por la vida arreglada y ejemplar que observó, sino también adquiriendo justa celebridad en este país y el extranjero, pues escribió una buena colección de *Epigramas y Poesías castellanas*, á las cuales se hace referencia en la *Biblioteca de la Compañía de Jesús*.

Ocupémonos ahora del P. Antonio Núñez de Miranda.

Entre los primeros españoles que fueron á poblar el mineral de Fresnillo por el año de 1568, se encontraba el capitán D. Diego Núñez de Miranda, casado con la Sra. Doña Gerónima de Valdecañas.

De ese matrimonio nació el 4 de Noviembre de 1618, un hijo llamado Antonio, quien habiendo adquirido en la edad madura la justa celebridad que acarrear el estudio, las virtudes y el talento, mereció que sus admiradores y discípulos lo llamaran el "Gregorio López" de su tiempo y también "Nelluo Librorum" ó sea *tragador de libros*.

Muy pocos años saboreó el jóven Núñez de Miranda las dulzuras del hogar paterno, pues tan pronto como pasó el período de la infancia, enviáronlo sus padres á estudiar en esta ciudad en la casa que tenían establecida los PP. de la Compañía de Jesús.

Algunos años más tarde y después de haber aprendido con facilidad lo que los mencionados PP. le enseñaron, pasó á completar sus conocimientos al Colegio de San Ildefonso de México.

Entregado allí á una vida de continuas y duras tareas

¹ Orozco y Berra, Diccionario de Hist. y Geogr.

intelectuales, de ascetismo y de edificantes virtudes, estudió filosofía con notable aprovechamiento y adquirió también algunos conocimientos en artes, graduándose de Bachiller y recibiendo las órdenes menores en el mismo Instituto de San Ignacio, al cual perteneció desde entonces como miembro de la Compañía de Jesús (10 de Agosto de 1639).

Muy pocos días después fué enviado á Valladolid (Morelia) á enseñar gramática, pero como no había completado sus estudios, le fué preciso abandonar aquella población para volver á México, donde con notable asiduidad y dedicación logró presentar un lucidísimo acto de teología y ambos derechos.

Ordenado de sacerdote se le mandó á enseñar humanidades á Tepotzotlán, donde los PP. Jesuitas tenían establecido un colegio. Allí, como en los lugares en que antes había estado, mostró el mismo empeño, la misma dedicación y el vasto talento que lo distinguía.

En ese tiempo falleció en México el profesor ó catedrático de Filosofía del Colegio de San Pedro y San Pablo, y como entonces, según refiere uno de sus biógrafos, (1) las tareas del profesor eran bien difíciles y pesadas, puesto que los catedráticos tenían que componer y dictar ellos mismos las lecciones á sus discípulos, se creyó que el profesor más á propósito para cubrir debidamente la citada clase de filosofía, era el P. Antonio N. de Miranda, y por lo mismo se le llamó á Tepotzotlán, de donde fué á ocupar el nuevo y honroso puesto con que lo favoreció su ya elevada y bien adquirida reputación de hombre instruido y de competente maestro.

Quienes tan acertada elección hicieron, no vivían engañados respecto á las aptitudes del P. Miranda, pues algún tiempo después varios nombres de personas distinguidas por su saber y educadas por el referido Padre, dieron una prueba evidente del talento que como profesor distinguía al ilustre fresnillense. Entre esas personas figuran dos prelados, el Sr. Sariñana y Cuenca, Obispo de Oaxaca, y el Dr. Alonso Alberto de Velasco, Arzobispo de Manila, así como los maestros Fr. Agustín Dorantes, de la Orden de Santo Domingo y Fr. Pascual Treto, de la de la Merced.

(1) Orozco y Berra. Dic. de Hist. y Geogr. pág. 57.

Refiérese que el P. Núñez de Miranda gozaba el privilegio de una asombrosa memoria, circunstancia que le permitía recitar con notable desembarazo cuanto había leído. Este extraordinario dón, unido á los vastos estudios que hizo en diferentes materias, le valió innumerables distinciones y brillantes triunfos, pues además de las cátedras que se le confiaron y de los delicados empleos eclesiásticos que desempeñó, se le consultaba como á un oráculo, no solo por sus discípulos y compañeros, sino también por hombres prominentes, por respetables corporaciones y por los mismos Vireyes de su tiempo, habiendo merecido la honra de ser llamado por el duque de Baños y por el marqués de Mancera, para servirles de confesor.

Fué también director espiritual de la célebre poetiza Sor Juana Inés de la Cruz, cuyo carácter é inclinación á las letras supo guiar por una senda casi desconocida para las monjas ó religiosas de ese tiempo, pues el P. Miranda, sin olvidarse de robustecer en Sor Juana Inés las dotes piadosas que la distinguían, supo conducirla sin violencia y sin peligro al templo donde la esperaban las frescas guirnaldas de la inmortalidad y de la fama.

En resúmen, el P. Núñez de Miranda fué un verdadero modelo de caridad, de virtudes y de abnegación, según aseguran sus biógrafos; y al lado de los imborrables recuerdos que dejó en el ejercicio de la beneficencia y la caridad, resaltan sus triunfos ó sus glorias en la obra intitulada *Biblioteca de los escritores de la Compañía de Jesús*, en la cual se tributan justos elogios á su talento y á sus virtudes.

La tumba recojió, al fin, los respetables despojos del sabio Jesuita el 17 de Febrero de 1695 en la ciudad de México, después de haber ejercido el sacerdocio por más de cincuenta años, la mayor parte de cuyo tiempo lo pasó sirviendo de prefecto de la Congregación de la Purísima en dicha ciudad.

Aunque no somos en nada partidarios del Instituto á que perteneció el P. Núñez de Miranda, nuestra tolerancia é imparcialidad nos obligan á consagrar estas incorrectas líneas, como un justo tributo á los méritos de un sacerdote cuya vasta ilustración sin duda se avanzó mucho á la época

de común embrutecimiento y atraso, del siglo en que floreció el Jesuita referido.

Aunque no es todavía tiempo de hablar de otros PP. de la Compañía de Jesús de Zacatecas, puesto que vivieron muchos años después de la fecha ó de la época que nos ocupa, creo preciso ocuparme de ellos desde ahora, tanto porque se viene hablando del establecimiento de la Compañía en esta ciudad, como porque no parece conveniente consagrarles capítulos aislados en el cuerpo de esta historia.

En este concepto prefiero ocuparme de ellos en el capítulo que sigue.

CAPITULO LI.

1616

Continúan los apuntes biográficos de algunos Jesuitas notables. —El P. Joseph Núñez de Miranda.— El P. Francisco Pérez de Aragón.

En cuanto al P. Joseph Núñez de Miranda, hermano del V. P. Antonio del mismo apellido, el Sr. Rivera Bernardez nos proporciona los siguientes apuntes:

“El V. Sacerdote Lic. D. Joseph Núñez de Miranda, fué Oura Rector de esta Ciudad, Comissario del Santo Oficio de la Inquisición, y de la Santa Cruzada, Vicario y Juez Eclesiástico. Murió el año de 1672 á los 55 de su edad en opinión de gran virtud; rezaba de rodillas el Oficio Divino, y celebraba con devocion todos los dias. Enterrose en la Parrochia, y trasladose á la bóveda de la capilla de Nuestra Señora de los Zacatecas, y al estar su cuerpo en el féretro se vió, volaba una mariposa de los labios del caliz á los de su boca. Fué padrino de la Agua Baptismal del Illmo. Señor Doctor D. Juan Ignacio María de Castorena, Ursua, y Goyeneche, del Consejo de su Magestad, Obispo de Yucatan, su Pariente.” (*Descripción Breve*, p. 69.)

El nombre de otro jesuita notable debe perpetuarse en la memoria de los zacatecanos. Tal es el del P. Francisco Pérez de Aragón, originario de esta ciudad, en la cual vió la primera luz el 25 de Junio de 1692.

Fué hijo de padres nobles y ricos, dice el Sr. Orozco y Berra, y por lo mismo procuraron dar al jóven Francisco una educación propia de su elevado rango y justas aspiraciones.

Hizo sus primeros estudios en el Colegio de la Compañía de Jesús de esta ciudad y pasó en seguida á México, donde algunos años después, y cuando hubo aprovechado los diversos conocimientos que como colegial se le inculcaron en el Real Colegio de San Ildefonso, obtuvo la borla de Doctor en leyes.

En seguida, y como el Virey de Nueva España pudo convencerse del sólido y bien cultivado talento del Dr. Aragón, le nombró abogado de aquella Real Audiencia, en cuyo cargo mostró siempre las aptitudes que para la carrera del foro había dado á conocer en diversas ocasiones y en importantes y difíciles asuntos.

Algún tiempo después fué á Guadalajara, en cuya diócesis se le confirieron los curatos de Zacatecas y Aguascalientes, que desempeñó con el celo y buen gobierno que lo caracterizaban en sus actos como hombre instruido, caritativo y prudente.

El talento nada común del P. Aragón y las simpatías y el respeto que se supo grangear en el ministerio eclesiástico, le habían creado, si vale la frase, algo como una constante *demandá* de sus valiosos servicios y conocimientos, pues se le ofrecían lucrativos empleos y brillantes honores á cada paso, no solo en la diócesis de la Nueva Galicia, sino también en otras, pues el Obispo de Durango le nombró Canónigo doctoral y Chantre de aquella Catedral, habiendo desempeñado también los empleos de Provisor y Vicario Capitular en la misma diócesis.

Sin embargo, el P. Pérez de Aragón no era hombre que se alimentaba de honores y dignidades, y por lo mismo, deseando prestar á la Compañía de Jesús sus servicios, ingresó á ella el 30 de Julio de 1745, en la cual desempeñó con marcado acierto el cargo de decano de la facultad de leyes en la Universidad de México.

Peró el rasgo más prominente de la vida de nuestro compatriota el P. Pérez de Aragón, es el que sigue:

Residía en Zacatecas á fines del siglo XVII un rico deudo del citado Aragón, D. Gaspar Benito de Larrañaga, de quien heredó una cuantiosa fortuna; pero como el ilustre Jesuita había renunciado al esplendor y á los goces de los bienes temporales, y como siempre fué decidido protector de las letras y de todo lo que importaba un positivo bien

para la humanidad, supo desprenderse de los grandes recursos que poseía, para aplicarlos á objetos de pública beneficencia.

Así fué que pocos días ántes de tomar la sotana de jesuita, hizo donación al Colegio de la Compañía de Jesús en Zacatecas, de la suma de \$ 85,676 y una casa, así como otros recursos para la fundación del Colegio de San Luis Gonzaga, acerca del cual hablaré algo cuando llegue la oportunidad.

Ejemplar fué la vida del P. Francisco Pérez de Aragón, quien profesó tal afecto y adhesión á la Compañía de Jesús, que cuando ésta fué suprimida por orden del Rey Carlos III y del Pontífice Clemente XIV, llamado *Ganganelli*, (1773) y desterrados de México los miembros de la misma, el P. Aragón, fiel á sus votos y á la lealtad que abrigaba hácia sus hermanos, siguió á éstos con resignación y ánimo, á pesar del grande amor que tenía á su patria y á su tierra natal.

El insigne Beristain al hablar del filósofo jesuita zacatecano, dice lo siguiente:

“Sin embargo de la avanzada edad de 75 años, de sus enfermedades graves, y de habérsele dispensado por el superior gobierno del reino, de seguir á sus hermanos en su expatriación y destierro á Italia, no quiso quedarse en América y se embarcó para Europa. Pero en el Puerto de Santa María, después de una dolorosa enfermedad en que sufrió con admirable paciencia las operaciones cruentas de la cirugía, murió en 1768. Está enterrado su cuerpo en la iglesia de los padres agustinos de aquella ciudad. Dejó varios escritos, y una memoria eterna en el Seminario de Zacatecas, que mandó fundar con \$ 230,000 que le dejó por herencia D. Benito Gaspar de Larrañaga, su deudo. Su vida, escrita en latin por el P. Jesuita F. Maneiro, se publicó en Bolonia año 1791.”

Es verdaderamente extraño que el P. Jesuita Alegre, historiador de la Compañía, no haya hecho mérito ninguno acerca del P. Aragón y de otros jesuitas zacatecanos, que no solo se distinguieron en el Colegio de esta ciudad, sino también en México y en algunas otras partes del reino.

En cuanto á los apuntes que nos ha dejado el Sr. Beristain, solo hay que objetar, que según un documento au-

téntico que existe en el Archivo General del Estado, no fueron \$ 230,000 los que el P. Aragón cedió para el Colegio ó Seminario de San Luis Gonzaga, sino \$ 85,676, á menos que el resto se considere comprendido en el valor de la casa que también donó para dicho objeto.

Por lo demás, digna de todo elogio y respeto es la memoria de los hombres que, como el P. Pérez de Aragón, lejos de consagrar sus riquezas al fomento de la aristocrática holgazanería, de los vicios y del lujo, han sabido fundar con ellas indestructibles monumentos en cuyo brillante pedestal las generaciones que les siguen van quemando el grato incienso de la admiración y la gratitud.

Tengo que repetir aquí lo que he dicho al hablar del P. Antonio Núñez de Miranda; esto es, que aunque no soy partidario del Instituto de la Compañía de Jesús, debo, como imparcial narrador, reconocer el mérito que ante la historia representan muchos hombres, tanto por su saber como por sus virtudes, por más que las asociaciones en que se han afiliado, hayan sido á veces justamente censuradas, y aun perseguidas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1901, 1525 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO LII.

(1616.)

Continúa la materia del capítulo anterior.—El P. Antonio Guillen de Castro.—El P. Clemente Guillen de Castro.—El P. Francisco Xavier Alejo.—Otras referencias acerca del Colegio de la Compañía de Jesús.

El P. Antonio Guillen de Castro honró también á la Compañía de Jesús.

Nació en Zacatecas el año de 1662 donde estudió latinidad y retórica. En seguida fué á México, y allí tuvo por maestro al famoso Jesuita Alonzo de Arrillaga, quien le comunicó vastos conocimientos en literatura, teología y filosofía.

Quando pudo completar los estudios más precisos para la carrera eclesiástica, se ordenó de sacerdote, consagrando su talento y bellas aptitudes oratorias al ejercicio de la predicación, en cuyo terreno obtuvo señalados triunfos, pues saliéndose de la fastidiosa y hasta ridícula rutina de muchos oradores sagrados de su tiempo, fué uno de los primeros que basando sus pláticas y sermones en las Sagradas Escrituras, creó, por decirlo así, una escuela sustancial y sólida, del todo opuesta al charlatanismo del púlpito condenado muy justamente por el P. Isla en su *Fray Gerundio*.

Fué muy entendido en teología, particularmenté en la expositiva, en cuanto á historia religiosa y profana, seguramente había muy pocos que le aventajaran.

Frecuentó las tareas del púlpito por más de diez años, habiendo escrito y predicado cerca de trescientas Pláticas que formaban seis tomos.